

PQ 2169

R3

E8



ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

LA INVESTIGACIÓN DE LO ABSOLUTO

Á D.^a JOSEFINA DOUMERG DE DELANNOY

Señora: ¡Quiera Dios que esta obra tenga una vida más larga que la mía! pues de este modo el agradecimiento que yo le profeso y que espero que igualará el cariño casi maternal que usted me ha demostrado, traspasaría el término fijado á nuestros sentimientos. Este sublime privilegio de extender de este modo con la vida de nuestras obras la existencia del corazón bastaría, si hubiese certidumbre respecto á este punto, para consolar de todas las penas que cuesta á aquellos cuya ambición estriba en conquistarla. Repetiré, pues: ¡Dios lo quiera!

DE BALZAC.

Hay en la calle de París de la ciudad de Douai una casa cuyo aspecto, distribución interior y detalles han conservado, más que los de ninguna otra vivienda, el carácter de las antiguas casas flamencas, tan sencillamente apropiadas á las costumbres patriarcales de aquel buen país; pero antes de describirla, tal vez sea preciso consignar, en interés de los escritores, la necesidad de esas preparaciones didácticas contra las cuales protestan ciertas personas ignorantes y voraces que desearían emociones sin experimentar sus principios generadores, la flor sin la simiente, las criaturas sin la gestación. ¿Tendrá obligación el Arte de ser más fuerte que la Naturaleza?

Los acontecimientos de la vida humana, ya pública, ya privada, están tan íntimamente enlazados con la arquitectura, que la mayoría de los observadores pueden reconstruir las naciones ó los individuos en toda la verdad de sus costumbres en vista de los restos de sus monumentos públicos ó del examen de sus reliquias domésticas. La arqueología es á la naturaleza social lo que la anatomía compa-

rada á la naturaleza organizada. Un mosaico revela toda una sociedad, como un esqueleto de ictiosauro subyacente toda una creación. Por una y otra parte, todo se deduce, todo se encadena. La causa hace adivinar un efecto, como cada efecto permite remontarse á una causa. El sabio resucita así hasta las verrugas de las edades antiguas. De aquí procede sin duda el prodigioso interés que inspira una descripción arquitectónica siempre y cuando la fantasía del escritor no desnaturalice sus elementos; no todos pueden ponerla en conexión con el pasado por medio de severas deducciones; y, para el hombre, el pasado se parece singularmente al porvenir: contarle lo que fué, ¿no es casi siempre decirle lo que será? En fin, es raro que la pintura de los lugares donde la vida transcurre no recuerde á cada cual ó sus deseos frustrados ó sus esperanzas en flor. La comparación entre un presente que engaña las aspiraciones secretas y el porvenir que puede realizarlas, es una fuente inagotable de melancolía ó de satisfacción dulces. Por eso, es casi imposible no sentirse sobrecogido de una especie de enterrecimiento ante la pintura de la vida flamenca cuando sus accesorios están bien reproducidos. ¿Por qué? Porque quizás sea, entre las diferentes existencias, la que mejor termina las incertidumbres del hombre. No transcurre sin toda clase de fiestas, sin todos los lazos de la familia, sin un cumplido desahogo que atestigua la continuidad del bienestar, sin un reposo parecido á la beatitud; pero sobre todo expresa la calma y la monotonía de una dicha ingenuamente sensual en la que el goce sofoca el deseo anticipándose siempre á él. Por mucho valor que el hombre apasionado pueda atribuir á los tumultos de sus sentimientos, jamás ve sin emoción las imágenes de esa naturaleza social en la que las palpitaciones del corazón están tan bien reguladas, que las personas superficiales las motejan de frialdad. La gente prefiere, por lo común, la fuerza anormal que se desborda á la fuerza igual que persiste. El vulgo no tiene tiempo ni paciencia para comprobar el inmenso poder oculto bajo una apariencia uniforme. Así es que para maravillarse á ese vulgo arrastrado por la corriente de la vida, la pasión, lo mismo que el gran artista, no tiene otro recurso que ir más allá del objeto, como han hecho Miguel Ángel, Bianca Capello, la señorita de la Valliere, Beethoven y Paganini. Únicamente los grandes calculadores piensan que jamás se debe traspasar

el objeto, y no respetan más que la virtualidad impresa en un perfecto cumplimiento que estampa en toda obra esa calma profunda cuyo encanto se apodera de los hombres superiores. Pues bien, la vida adoptada por ese pueblo esencialmente económico llena muy bien las condiciones de felicidad con que sueñan las masas para la vida de las ciudades.

La materialidad más exquisita está impresa en todas las costumbres flamencas. El *confort* inglés presenta tintas secas, tonos duros, mientras que en Flandes el antiguo hogar doméstico recrea la vista con sus colores suaves, con una bondad verdadera; implica el trabajo sin cansancio; la pipa denota allí una afortunada aplicación del *far niente* napolitano; marca además un sentimiento apacible del arte, su condición más necesaria, la paciencia, y el elemento que hace duraderas las creaciones, la conciencia. El carácter flamenco se resume en estas dos palabras, paciencia y conciencia, que parecen excluir las ricas galas de la poesía y hacer las costumbres de ese país tan llanas como lo son sus dilatadas llanuras, tan frías como lo es su cielo brumoso. Y sin embargo, no es así. La civilización ha desplegado allí su poder modificándolo todo, hasta los efectos del clima. Si se observan con atención los productos de los diferentes puntos del globo, causa desde luego sorpresa ver los colores grises y amarillentos especialmente propios de las producciones de las zonas templadas, mientras que los colores más brillantes distinguen á las de los países cálidos. Las costumbres deben conformarse necesariamente á esta ley de la naturaleza. Los países flamencos, que en otro tiempo eran esencialmente oscuros y consagrados á tintas lisas, han dado con los medios de difundir algún brillo en su atmósfera fuliginosa gracias á las vicisitudes políticas que los han sometido sucesivamente á los borgoñones, á los españoles, á los franceses, y que los han hecho fraternizar con los alemanes y los holandeses. De España han conservado el lujo de las escarlatas, los rasos brillantes, los tapices de efectos vigorosos, las plumas, las mandolinas y los modales corteses. De Venecia han recibido, en cambio de sus telas y de sus encajes, esa cristalería fantástica en la que el vino reluce y parece mejor. De Austria han guardado esa pesada diplomacia que, según un dicho popular, da tres pasos en una fanega. El comercio con las Indias ha importado allí

los inventos grotescos de la China y las maravillas del Japón. Sin embargo, á pesar de su paciencia en amontonarlo todo, en no devolver nada y en soportarlo todo, casi no se podían considerar los países flamencos sino como el almacén general de Europa, hasta el momento en que el descubrimiento del tabaco soldó con el humo los rasgos diseminados de su fisonomía nacional. Desde entonces, á pesar de los fraccionamientos de su territorio, el pueblo flamenco existió por la pipa y la cerveza.

Después que, gracias á la constante economía de su conducta, se hubo asimilado las riquezas y las ideas de sus señores, ese país tan nativamente opaco y falso de poesía, se arregló una vida original y de costumbres características, sin parecer tachado de servilismo. El arte se despojó allí de toda idealidad para presentar únicamente la forma. Por eso no se debe pedir á esa patria de la poesía plástica, ni la verbosidad de la comedia, ni la acción dramática, ni los arranques atrevidos de la epopeya ó de la oda, ni el genio musical; en cambio es fértil en descubrimientos, en discusiones doctorales que requieren tiempo y luz. Todo lleva allí impreso el cuño del goce temporal. El hombre ve allí exclusivamente lo que es, su pensamiento se doblega tan escrupulosamente á ponerse al servicio de las necesidades de la vida que en ninguna obra se ha lanzado más allá del mundo real. La única idea de porvenir concebida por ese pueblo fué una especie de economía en política, su fuerza revolucionaria procedió del deseo doméstico de ponerse libremente de codos á la mesa y de estar á sus anchas bajo el cobertizo de sus *steedes*. El sentimiento del bienestar y el espíritu de independencia que inspira la fortuna engendraron, allí más que en otra parte, esa necesidad de libertad que más adelante agitó á Europa. Así es que la constancia de sus ideas y la tenacidad que la educación da á los flamencos hicieron de ellos en otro tiempo hombres terribles en la defensa de sus derechos. En ese pueblo nada se hace á medias, ni las casas, ni los muebles, ni los diques, ni la labranza, ni las sublevaciones. Por eso conserva el monopolio de lo que emprende. La fabricación de encajes, obra de pacienzuda agricultura y de más pacienzuda industria, y la de su lienzo son hereditarias como sus fortunas patrimoniales. Si fuese preciso pintar la constancia con la forma humana más pura, quizás se estuviera en lo cierto

haciendo el retrato de un buen burgomaestre de los Países Bajos, capaz, como ha habido tantos, de morir plebeyamente y sin resonancia por los intereses de su Hansa. Pero las dulces poesías de esa vida patriarcal se encontrarán naturalmente en el retrato de una de las últimas casas que aun conservaban su carácter en Douai en la época en que comienza esta historia.

De todas las ciudades del departamento del Norte, Douai es, por desgracia, la que más se moderniza, aquella en que el sentimiento innovador ha hecho más rápidas conquistas, en que se ha difundido más el amor del progreso social. Allí las casas antiguas desaparecen de día en día y se van borrando las costumbres añejas. El tono, las modas, las hechuras de París predominan; y los vecinos de Douai no conservarán en breve de la antigua vida flamenca más que la cordialidad de los cuidados hospitalarios, la cortesía española, la riqueza y la limpieza de Holanda. Las casas de piedra blanca reemplazarán muy pronto á las de ladrillo. La tosquedad de las hechuras báltavas cederá ante la voluble elegancia de las novedades francesas.

La casa en que ocurrieron los sucesos de esta historia está casi á la mitad de la calle de París y lleva hace más de doscientos años el nombre de casa de Claes. Los van Claes fueron en otro tiempo una de las más célebres familias de artesanos á las cuales debieron los Países Bajos, en muchas producciones, la supremacía comercial que han conservado. Por espacio de mucho tiempo fueron los Claes en la ciudad de Gante, de padres á hijos, los jefes del poderoso gremio de tejedores. Cuando la sublevación de aquella gran ciudad contra Carlos V, que quería suprimir sus privilegios, se comprometió tanto el más rico de los Claes, que, previendo una catástrofe y obligado á compartir la suerte de sus compañeros, envió en secreto bajo la protección de Francia á su mujer, á sus hijos y sus riquezas, antes que las tropas del emperador cercasen la ciudad. Las previsiones del síndico de los tejedores eran motivadas. Como otros muchos ciudadanos, fué exceptuado de la capitulación y ahorcado por rebelde, cuando en realidad era el defensor de la independencia gantesa. La muerte de Claes y sus compañeros dió sus frutos. Aquellos suplicios inútiles costaron más adelante al rey de las Españas la mayor parte de sus posesiones de los Países Bajos. De todas las semillas confiadas á la tierra, la

sangre derramada por los mártires es la que da más pronta cosecha. Cuando Felipe II, que castigaba el levantamiento hasta la segunda generación, extendió sobre Douai su cetro de hierro, los Claes conservaron sus grandes bienes, enlazándose con la nobilísima familia de Molina, cuya rama mayor, pobre á la sazón, se hizo bastante rica para poder redimir el condado de Nourho que poseía tan sólo nominalmente en el reino de León.

A principios del siglo XIX, después de varias vicisitudes cuya enumeración poco de interesante ofrecería, la familia de Claes estaba representada, en la rama establecida en Douai, por el señor Baltasar Claes Molina, conde de Nourho, que se hacía llamar simplemente Baltasar Claes. De la inmensa fortuna acumulada por sus antepasados, que ponían en movimiento un millar de telares, quedábale tan sólo á Baltasar quince mil libras de renta en fincas rústicas enclavadas en el distrito de Douai, y la casa de la calle de París, cuyo mueblaje valía una fortuna. En cuanto á las posesiones del reino de León, habían motivado ya un pleito entre los Molinas de Flandes y la rama de esta familia establecida en España. Los Molinas de León ganaron las propiedades y adquirieron el título de condes de Nourho, aunque solamente los Claes tenían el derecho de llevarlo; pero la vanidad de la burguesía belga era superior á la arrogancia castellana. Por esto, cuando se instituyó el estado civil, Baltasar Claes dejó á un lado los harapos de su nobleza española por su gran renombre gantés. El sentimiento patriótico está tan arraigado en las familias desterradas que, hasta las postrimerías del siglo pasado, los Claes habían permanecido fieles á sus tradiciones, á sus usos y costumbres. No se enlazaban sino con las familias de la más pura burguesía; por parte de la novia se necesitaba que estuviese emparentada con cierto número de regidores ó de burgomaestres para admirla en su familia. En fin, iban á buscar sus mujeres á Brujas ó á Gante, á Lieja ó á Holanda, para perpetuar los hábitos de su hogar doméstico. A fines del siglo pasado, sus relaciones, cada vez más restringidas, se reducían á siete ú ocho familias de nobleza parlamentaria, cuyas costumbres, cuya toga de grandes pliegues y cuya gravedad magistral semiespañola, se armonizaban con sus procederés. Los habitantes de la ciudad tenían cierto respeto religioso á aquella familia, que era para ellos á modo de un prejuicio. La

constante honradez, la lealtad sin tacha de los Claes, su invariable decoro hacía de ellos una superstición tan reiterada como la de la fiesta de Gayant, y bien expresada con este nombre: la Casa Claes. El espíritu del viejo Flandes respiraba por completo en aquella morada, que ofrecía á los aficionados á antigüedades burguesas el tipo de las modestas casas que se construyó la burguesía rica en la Edad media.

El principal ornamento de la fachada era una puerta de dos hojas guarnecida de clavos puestos en quincuncio, en el centro de las cuales los Claes habían mandado esculpir por orgullo dos lanzaderas acopladas. La abertura de aquella puerta, construída de piedra de asperón, remataba en un arco puntiagudo que sostenía una hornacina terminada en una cruz, y en la cual había una estatuilla de santa Genoveva hilando. Aunque el tiempo había oscurecido las delicadas labores de aquella puerta y de la hornacina, el gran cuidado que con ellas tenían los moradores de la casa permitía á los transeuntes apreciar todos sus detalles. Por ejemplo, el quicio, compuesto de columnitas unidas, conservaba un color gris oscuro y brillaba de modo que parecía recién barnizado. A cada lado de la puerta, en la planta baja, había dos ventanas iguales á todas las de la casa. Su marco de piedra blanca acababa debajo del antepecho figurando una concha prolijamente adornada, y arriba en dos arcos separados por el montante de la cruz que dividía la vidriera en cuatro partes desiguales, porque el travesaño situado á la altura requerida para figurar una cruz daba á los dos lados inferiores de la ventana una dimensión casi doble de la de las partes superiores redondeadas por sus arcos. Éstos tenían por adorno tres filas de ladrillos que avanzaban una sobre otra, y cada ladrillo entraba y salía alternativamente cosa de una pulgada, de modo que formaban una greca. Los cristales, pequeños y romboidales, estaban encajados en barras de hierro sumamente delgadas y pintadas de encarnado. Las paredes, hechas de ladrillos unidos con argamasa blanca, estaban sostenidos á trechos y en los ángulos con cadenas de piedra. En el primer piso había cinco balcones; en el segundo sólo tres, y en el desván entraba la luz por una gran claraboya redonda de cinco sectores, rodeada de asperón y abierta en medio del frontón triangular en que remataba la fachada, como el rosetón de

la portada de una catedral. En la cúspide se destacaba, á modo de veleta, una ruca cargada de lino. Los dos lados del gran triángulo que formaba la pared de la fachada estaban cortados en cuadro por una especie de escalones hasta el coronamiento del primer piso, donde, á derecha é izquierda de la casa caían las aguas de lluvia que salían de las fauces de un animal fantástico. Finalmente, en la calle, á cada lado de la puerta y entre las dos ventanas, había, como último vestigio de las costumbres antiguas, una trampa de madera reforzada con barrotes de hierro, por la cual se penetraba en las cuevas. Aquella fachada se revocaba cuidadosamente desde su construcción dos veces al año, y si en una jornada faltaba un poco de argamasa, al punto se remediaba el desperfecto. Las ventanas, los antepechos, las piedras, todo se limpiaba mucho mejor de lo que se limpian en París los mármoles más preciosos, y, por consiguiente, aquella delantera de casa no presentaba el menor rastro de degradación. A pesar de las tintas oscuras causadas por la vetustez misma del ladrillo, estaba tan bien conservado como puede estarlo un cuadro antiguo ó libro viejo apreciado por un aficionado, y que estarían siempre nuevos si no sufrieran, bajo la campana de nuestra atmósfera, la influencia de los gases cuya malignidad á nosotros mismos nos amenaza. El cielo nebuloso, la temperatura húmeda de Flandes, y las sombras producidas por la escasa anchura de la calle, privaban con frecuencia á aquel edificio del lucimiento que le daba su exquisita limpieza que, á decir verdad, le comunicaba cierta frialdad y tristeza á la vista. A un poeta le habrían gustado algunas hierbas en los calados de la hornacina ó algunos musgos en las labores de la piedra; habría deseado que aquellas filas de ladrillos estuvieran resquebrajadas; que bajo los arcos de las ventanas alguna golondrina hubiera fabricado su nido en las triples casetas rojas que las adornaban. Además, lo acabado, el aspecto aseado de aquella fachada medio raída por las frotaciones le daban un aspecto secamente honesto y decentemente estimable que, á no dudarlo, habría obligado á mudarse de casa á un romántico, si hubiese vivido enfrente. Cuando alguna visita había tirado del cordón de la campanilla de alambre tejido que pendía á lo largo del quicio de la puerta, y la criada, acudiendo del interior de la casa, abría la hoja delante de la cual había una pequeña cancela, aquella hoja de puerta se

escapaba en seguida de la mano arrastrada por su propio peso, y se cerraba produciendo en las bóvedas de una espaciosa galería embaldosada y en las profundidades de la casa un sonido grave y pesado como si la puerta hubiera sido de bronce. Aquella galería, pintada imitando mármol, siempre fresca, y en la cual había extendida una capa de arena fina, iba á parar á un gran patio cuadrado, pavimentado con grandes y lustrosas baldosas de color verdoso. A la izquierda estaban el cuarto de las coladas, las cocinas y la sala de la servidumbre; á la derecha la leñera, la carbonera y las accesorias de la vivienda cuyas puertas, ventanas y paredes estaban adornadas de dibujos mantenidos con exquisita limpieza. La luz, tamizada entre cuatro paredes encarnadas con rayas blancas, adquiría reflejos y tintas sonrosadas que comunicaban á las figuras y á los menores detalles una gracia misteriosa y fantásticas apariencias.

En el fondo de aquel patio se elevaba otra casa absolutamente igual al cuerpo de edificio que daba frente á la calle, y que, en Flandes, lleva el nombre de *barrio de detrás*, y servía únicamente para vivienda de la familia. La primera pieza de la planta baja era un locutorio alumbrado por dos ventanas que daban al patio, y por otras dos que daban á un jardín de una anchura igual á la de la casa. Dos puertas vidrieras paralelas, por una de las cuales se pasaba al jardín y por la otra al patio, correspondían á la puerta de la calle, de modo que el forastero podía abarcar desde la entrada el conjunto de aquella morada y ver hasta los follajes que tapizaban el fondo del jardín. La parte de delante de este segundo cuerpo de edificio, destinado á las recepciones y en cuyo segundo piso estaban las habitaciones para alojamiento de forasteros, contenía objetos de arte y grandes riquezas acumuladas; pero á los ojos de los Claes no había nada que igualase á los tesoros que adornaban la pieza en que hacía dos siglos había trascurrido la vida de la familia. El Claes muerto por la causa de las libertades gantesas, el artesano de quien se formaría menguada idea si el historiador omitiera decir que poseía cerca de cuarenta mil marcos de plata ganados en la fabricación de las velas necesarias para la omnipotente marina veneciana; aquel Claes tuvo por amigo al célebre escultor en madera van Huysium de Brujas. El artista había pedido muchas veces dinero prestado al artesano. Poco tiempo antes de la rebelión de los

ganteses, van Huysium, rico ya, había esculpido para su amigo un enmaderamiento de ébano macizo en el que estaban representadas las principales escenas de la vida de Artevelde, el cervecero que por un momento fué rey de Flandes. Aquel revestimiento, compuesto de sesenta tableros, contenía unos mil cuatrocientos personajes principales, y pasaba por la obra capital de aquel célebre escultor. Dícese que el capitán encargado de custodiar á los ciudadanos que Carlos V había resuelto ahorcar el día de su entrada en su ciudad natal, propuso á van Claes que le dejaría evadirse si le daba la obra de van Huysium; pero el tejedor la había enviado á Francia. Aquel locutorio, cuyas paredes estaban cubiertas con dichos tableros, á los que, por respeto á los manes del mártir, el mismo van Huysium puso marcos de madera pintada de azul ultramar mezclada con filetes de oro, es, pues, el trabajo más completo de aquel maestro cuyas menores obras se pagan hoy casi á peso de oro. Encima de la chimenea estaba el retrato de van Claes, pintado por el Tiziano, con su traje de presidente del tribunal de los Parchons, y parecía dirigir aún á aquella familia que veneraba en él á su grande hombre. La chimenea, que en un principio fué de piedra y muy alta, había sido reconstruida de mármol en el siglo pasado y soportaba una vieja cartela y dos candelabros de cinco brazos retorcidos, de mal gusto, pero de plata maciza. Las cuatro ventanas estaban adornadas con grandes cortinajes de damasco encarnado y flores negras, forradas de seda blanca, y la sillería, forrada de la misma tela, había sido renovada en tiempo de Luis XIV. El pavimento, evidentemente moderno, estaba compuesto de grandes planchas de madera blanca rodeadas de tiras de roble. El techo, formado de muchos artesones en el fondo de los cuales había un mascarón cincelado por van Huysium, había sido respetado y conservaba los tonos oscuros del roble de Holanda. En los cuatro rincones de este locutorio se destacaban columnas truncadas, sobre las cuales había candelabros semejantes á los de la chimenea, y en el centro de la pieza una mesa redonda. A lo largo de las paredes había mesitas de juego simétricamente colocadas. En dos consolas doradas con cubierta de mármol veíanse, en la época en que comienza esta historia, dos grandes peceras de cristal llenas de agua, en las cuales nadaban, sobre un lecho de arena y de conchas, unos peces encarnados, dora-

dos ó plateados. Aquella pieza era á la vez brillante y sombría. El techo absorbía necesariamente la claridad sin reflejar nada de ella. Si por el lado del jardín la luz abundaba y venía á pestañear en las labores del ébano, las ventanas del patio por las que entraba poca claridad, apenas hacían brillar los filetes de oro impresos en las paredes opuestas. Aquella sala, tan magnífica en un día esplendoroso, estaba, pues, la mayor parte del tiempo llena de tintas suaves, de esos tonos rojizos y melancólicos que el sol difunde en otoño sobre la cima de los bosques. Huelga continuar la descripción de la casa Claes, por cuanto en las demás partes de ella pasarán necesariamente muchas escenas de esta historia; por ahora basta conocer sus principales disposiciones.

Hacia los últimos días del mes de agosto de 1812, un domingo, después de vísperas, estaba sentada una mujer en su poltrona ante una de las ventanas del jardín. Los rayos del sol caían entonces oblicuamente sobre la casa, la daban de soslayo, atravesaban el locutorio, espiraban en extraños reflejos sobre los tableros que cubrían las paredes del lado del patio y envolvían á aquella mujer en la zona purpúrea proyectada por el cortinaje de damasco de la ventana. Un pintor mediano que en tal momento hubiera copiado á aquella mujer, habría producido sin duda una obra de nota con una cabeza tan llena de dolor y melancolía. La actitud del cuerpo y la de los pies echados hacia delante, denotaban el abatimiento de una persona que pierde la conciencia de su ser físico en la concentración de sus fuerzas absorbidas por una idea fija; seguía las irradiaciones fijas de esta idea en el porvenir, como á orillas del mar se mira con frecuencia un rayo de sol que atraviesa las nubes y traza en el horizonte una faja luminosa. Las manos de aquella mujer pendían fuera de los brazos del sillón, y la cabeza, como si le pesara, descansaba en el respaldo. Un vestido de percal blanco muy holgado impedía juzgar bien sus proporciones, y el corpiño estaba oculto por los pliegues de una pañoleta cruzada sobre el pecho y negligentemente atada. Aun cuando la luz no hubiera puesto de relieve su rostro que ella parecía complacerse en presentar con preferencia al resto de su persona, entonces hubiera sido imposible no ocuparse exclusivamente de él; su expresión, que habría chocado hasta al niño más indiferente, era una estupefacción persistente y fría, á pesar de algunas lágrimas ardientes. No se puede

ver nada más terrible que ese dolor extremado cuyo desbordamiento sólo ocurre á raros intervalos, pero que quedaba en aquel rostro como una lava solidificada alrededor de un volcán. Parecía una madre moribunda obligada á dejar á sus hijos en un abismo de miserias, sin poder legarles ninguna protección humana. La fisonomía de aquella dama, que vendría á tener unos cuarenta años, pero que estaba mucho menos lejos de la belleza de lo que jamás lo estuviera en su juventud, no ofrecía ninguno de los caracteres de la mujer flamenca. Una poblada cabellera negra caía formando bucles sobre sus mejillas y hombros. Su frente, bastante abombada, estrecha hacia las sienes, era de un color amarillento; pero bajo aquella frente brillaban dos ojos negros que despedían llamas. Su cara, puramente española, morena, poco colorada, marcada de viruelas, atraía las miradas por la perfección de su forma oval, cuyos contornos conservaban, á pesar de la alteración de las líneas, un acabado perfil de majestuosa elegancia que á veces reaparecía por completo si algún esfuerzo del alma le restituía su primitiva pureza. El rasgo que daba más distinción á aquel rostro varonil era una nariz corva como el pico de un águila, y que demasiado acentuada en su parte media, parecía mal conformada interiormente; pero había en ella una finura inexplicable, y el tabique era tan delgado, que á causa de su transparencia la luz lo enrojecía sobremanera. Aunque los labios gruesos y muy plegados revelaban el orgullo que inspira un elevado nacimiento, llevaban marcado el sello de una bondad natural y respiraban cortesía. La belleza de aquel rostro á la vez vigoroso y femenino, era discutible sin duda, pero llamaba la atención. Aquella mujer, baja, jibosa y coja, estuvo soltera todo el tiempo que se empeñaron en negarle talento; pero no faltaron hombres prendados del apasionado ardor que expresaba su cabeza, de los indicios de una ternura inagotable, y que sintieron un hechizo inconciliable con tantos defectos. Reunía muchas condiciones de su abuelo el duque de Casa Real, grande de España. En aquel instante, el encanto que en otro tiempo se apoderaba de las almas enamoradas de la poesía, surgía de su cabeza más vigoroso que en ningún momento de su vida pasada, y se ejercía, por decirlo así, en el vacío, expresando una omnipotente voluntad fascinadora sobre los hombres, pero impotente sobre los destinos. Cuando apar-

taba los ojos de la pecera en que miraba los peces sin verlos, los levantaba con movimiento desesperado como para invocar al cielo. Sus sufrimientos parecían ser de aquellos que no pueden confiarse más que á Dios. Nada turbaba el silencio más que el canto de los grillos, el de las cigarras que chirriaban en el jardín de donde salía un calor excesivo, y el sordo resonar de la vajilla de plata, de los platos y de las sillas que en la pieza contigua al locutorio removía un criado ocupado en poner la mesa para la comida. En aquel momento la dama afligida aplicó el oído y pareció recogerse; tomó su pañuelo, se enjugó las lágrimas, probó á sonreír, y disipó tan bien la expresión de dolor grabada en todas sus facciones, que se la hubiera podido creer en ese estado de indiferencia en que nos deja una vida exenta de zozobras. Ya fuese que la costumbre de vivir en aquella casa donde la tenían relegada sus defectos físicos le hubiera permitido reconocer en ella algunos efectos naturales imperceptibles para otro cualquiera y que las personas dominadas por sentimientos extremos buscan vivamente, ó bien que la naturaleza hubiera compensado tantas faltas corporales deparándole sensaciones más delicadas que á seres más ventajosamente organizados en apariencia, aquella mujer había oído los pasos de un hombre en una galería situada encima de las cocinas y de las habitaciones destinadas á la servidumbre de la casa y por la cual el barrio de delante comunicaba con el de detrás. El ruido de los pasos se hizo cada vez más distinto. En breve, sin tener esa propiedad con que una criatura apasionada como lo era aquella mujer sabe abolir el espacio para unirse á su otro yo, un extraño habría oído fácilmente el paso de aquel hombre por la escalera por la cual se bajaba de la galería al locutorio. Al sonido de aquel paso, la persona más indiferente habría concebido varios pensamientos, porque era imposible escucharlo friamente. Un modo de andar precipitado ó desigual asusta. Cuando un hombre se levanta y da la voz de ¡fuego! sus pies hablan tan alto como su voz; y siendo así, un modo de andar contrario no debe causar menos grandes emociones. La lentitud grave, el paso mesurado de aquel hombre habrían impacientado seguramente á las personas irreflexivas; pero un observador ó las personas nerviosas habrían experimentado un sentimiento parecido al terror al oír el ruido acompasado de aquellos pies que parecían carecer de

vida y que hacían crujir las tablas del pavimento como si dos pesos de hierro las hubieran golpeado alternativamente. Habríase reconocido el paso indeciso y pesado de un viejo ó la majestuosa marcha de un pensador que arrastra mundos tras sí. Cuando aquel hombre bajó el último escalón apoyando los pies en las baldosas con movimiento lleno de vacilación, se quedó un momento en el gran rellano adonde iba á parar el pasadizo que daba á la sala de la servidumbre, y desde el que se entraba también en el locutorio por una puerta oculta en los tableros de la pared, como lo estaba paralelamente la que daba al comedor. En aquel momento, agitó á la mujer sentada en la poltrona un ligero estremecimiento, comparable á la sensación que causa una chispa eléctrica; pero también animó sus labios la más dulce sonrisa, y su rostro, conmovido por la espera de un placer, resplandeció como el de una bella madona italiana; encontró de pronto fuerza para repeler sus terrores al fondo del alma, y luego volvió la cabeza hacia los tableros de la puerta que iba á abrirse en el ángulo del locutorio, y que, en efecto, recibió tan brusco empuje que la pobre mujer pareció recibir la conmoción de la puerta.

Baltasar Claes apareció de pronto, dió algunos pasos sin mirar á aquella mujer, ó si la miró no la vió, y se quedó de pie en medio del locutorio, apoyando la cabeza en su mano derecha ligeramente inclinada. Un horrible disgusto al que aquella criatura no podía acostumbrarse, por más que lo tuviera con frecuencia cada día, le oprimió el corazón, disipó su sonrisa, frunció su morena frente entre sus cejas hacia esa arruga formada por la frecuente expresión de los sentimientos extremos, y se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las enjugó mirando á Baltasar. Era imposible no sentirse profundamente impresionado por aquel jefe de la familia Claes. Cuando joven debió parecerse al sublime mártir que amenazó á Carlos V con ser un nuevo Artevelde; pero en aquel momento parecía tener más de sesenta años, por más que sólo contara unos cincuenta, y su vejez prematura había disipado aquella noble semejanza. Su elevada estatura se arqueaba ligeramente, ya porque los trabajos le obligaran á encorvarse ó ya porque la espina dorsal se hubiese plegado un tanto bajo el peso de la cabeza. Tenía el pecho ancho y el torso robusto, pero las partes inferiores de su cuerpo eran delgadas, aunque nerviosas, y este desacuerdo

en una organización á todas luces perfecta en otro tiempo, daba en qué pensar al que procuraba explicar por alguna singularidad de existencia las razones de aquella forma fantástica. Su abundante cabellera rubia, mal cuidada, le caía sobre los hombros á la usanza alemana, pero en un desorden que se armonizaba con la extrañeza general de su persona. En su ancha frente se destacaban las protuberancias en las cuales Gall ha colocado los mundos poéticos. Sus ojos de color azul claro tenían la brusca vivacidad que se ha observado en los grandes buscadores de causas ocultas. Su nariz, antes perfecta á no dudarle, se había alargado, y las ventanas parecían abrirse gradualmente por una tensión involuntaria de los músculos olfatorios. Los pómulos velludos eran muy salientes, por lo cual las mejillas, ya ajadas, parecían mucho más hundidas; la boca, llena de gracia, estaba metida entre la nariz y una barba corta, bruscamente levantada. La forma del rostro era más larga que oval, y el sistema científico que atribuye á cada cara humana cierto parecido con la de un animal, habría encontrado una prueba más de ello en la de Baltasar Claes, la cual se habría podido comparar con la de un caballo. Su piel estaba pegada á los huesos, como si algún fuego secreto la hubiera ido secando de continuo; además, por momentos, cuando miraba al espacio como para encontrar en él la realización de sus esperanzas, hubiérase dicho que arrojaba por las narices la llama que devoraba su alma. Los sentimientos profundos que animan á los grandes hombres traslucían á aquel pálido rostro surcado de arrugas, á aquella frente plegada como la de un anciano rey lleno de cavilaciones, pero sobre todo á aquellos ojos chispeantes cuyo fuego parecía igualmente avivado por la castidad que da la tiranía de las ideas y por el foco interior de una vasta inteligencia. Los ojos, profundamente hundidos en sus órbitas, parecían haber sido socavados únicamente por las vigiliias y por las terribles reacciones de una esperanza siempre frustrada y siempre renaciente. El celoso fanatismo que inspira el arte ó la ciencia se patentizaba en aquel hombre por una singular y constante distracción de que eran testimonio su traje y su porte, acordes con la magnífica monstruosidad de su fisonomía. Sus anchas manos velludas estaban sucias, y sus largas uñas tenían en su extremo líneas negras muy marcadas. Los zapatos ó no se habían limpiado ó carecían de cordones. De todos los indi-

viduos de la casa, el amo era el único que podía permitirse la rara licencia de ser desaseado. Un pantalón de paño negro lleno de manchas, un chaleco desabrochado, una corbata puesta al desgaire, y una casaca verdosa, siempre descosida, completaban un conjunto fantástico de cosas grandes y pequeñas que en otro cualquiera habrían revelado la miseria que engendran los vicios, pero que en Baltasar Claes era el desaliño del genio. El vicio y el Genio producen con sobrada frecuencia efectos semejantes, que engañan al vulgo. ¿Por ventura no es el Genio un constante exceso que devora el tiempo, el dinero, el cuerpo, y que conduce al hospital más rápidamente aún que las malas pasiones? Los hombres parecen tener más respeto por el vicio que por el genio, porque se niegan á darle crédito. No parece sino que los beneficios de los trabajos secretos del sabio estén tan lejanos que el estado social teme contar con él mientras vive, y prefiere pagarlos no perdonándole su miseria ó sus desgracias. A pesar de su continuo olvido del presente, si Baltasar Claes dejaba sus misteriosas cavilaciones, si alguna intención dulce y sociable reanimaba aquel semblante pensador, si sus ojos fijos perdían su rigidez para pintar un sentimiento, si miraba en torno suyo para volver á la vida real y vulgar, era difícil no tributar homenaje involuntariamente á la belleza seductora de aquel rostro y al espíritu gracioso que se retrataba en él. Así era que todo el que le veía en tales momentos, sentía que aquel hombre no perteneciera ya al mundo, diciendo: «Ha debido ser muy guapo en su juventud». ¡Error vulgar! Baltasar Claes jamás había sido más poético que en aquel momento. Lavater habría deseado sin duda estudiar aquella cabeza llena de paciencia, de lealtad flamenca, de moralidad cándida, en la que todo era ancho y grande, en la que la pasión parecía tranquila porque era fuerte. Las costumbres de aquel hombre debían ser puras, su palabra era sagrada, su amistad parecía constante, su abnegación hubiera sido completa; pero el anhelo que emplea estas cualidades en provecho de la patria, del mundo ó de la familia, había tomado fatalmente otra dirección. Aquel ciudadano, obligado á velar por la ventura de una familia, á administrar una fortuna, á encaminar á sus hijos hacia un porvenir lisonjero, vivía apartado de sus deberes y de sus afectos en el comercio de algún genio familiar. A un sacerdote le habría parecido lleno de la gracia de Dios, un

artista le habría tomado por un gran maestro, un entusiasta habría creído que era un vidente de la Iglesia swedenburguesa. En aquel momento, el traje estropeado, salvaje que llevaba este hombre, contrastaba de un modo singular con el gracioso atildamiento de la mujer que tan dolorosamente le admiraba. Las personas contrahechas dotadas de talento ó de hermosa alma ponen en su traje un gusto exquisito. O se visten con sencillez, comprendiendo que su gracia es puramente moral, ó saben hacer olvidar lo defectuoso de sus proporciones con una especie de elegancia en los detalles que distrae la mirada y ocupa la imaginación. Aquella mujer no tan sólo tenía un alma generosa, sino que amaba á Baltasar Claes con ese instinto de mujer que depara las primicias de la inteligencia de los ángeles. Criada en el seno de una de las más ilustres familias de Bélgica, habría adquirido sus gustos si no fueran innatos en ella; pero ilustrada por el deseo de agradar constantemente al hombre á quien amaba, sabía vestirse admirablemente, sin que su elegancia chocara con sus dos vicios de conformación. Su corpiño no pecaba sino por los hombros, uno de los cuales estaba bastante más desarrollado que el otro. Miró por las ventanas, luego al patio interior, y después al jardín como para cerciorarse de que estaba sola con Baltasar, y le dijo con voz dulce, llena de esa sumisión que distingue á las flamencas, porque hacía ya mucho tiempo que el amor había desterrado de ambos la altivez de la grandeza española: —Baltasar, ¿estás muy ocupado? Este es el trigésimotercer domingo que no has ido á misa ni á vísperas.

Claes no contestó: su mujer bajó la cabeza, juntó las manos y aguardó, porque sabía que aquel silencio no indicaba desprecio ni desdén, sino tiránicas preocupaciones. Baltasar era uno de esos seres que conservan largo tiempo en su corazón su delicadeza juvenil, y le habría parecido un crimen expresar el menor pensamiento ofensivo á una mujer abrumada por el sentimiento de su desgracia física. Quizás fuera el único hombre que supiera que una palabra, una mirada, pueden borrar años enteros de ventura, y son tanto más crueles cuanto más fuertemente contrastan con una dulzura constante: porque nuestra naturaleza nos inclina á sentir más dolor por una disonancia en la felicidad, que placer por un goce encontrado en la desventura. Al poco rato, Baltasar pareció despertarse, miró con viveza á su al-

rededor, y dijo: —¿Vísperas? ¡Ah! ¿Los niños han ido á vísperas? — Dió algunos pasos para echar una ojeada al jardín, en el que por todas partes había magníficos tulipanes, pero se detuvo de pronto como si hubiera tropezado con una pared, y exclamó: —¿Por qué no se combinaran en un tiempo dado?

—¿Si se volverá loco?... pensó la mujer con profundo terror.

Para dar más interés á la escena que fué resultado de esta situación, es indispensable echar una ojeada á la vida anterior de Baltasar Claes y de la nieta del duque de Casa Real.

Hacia el año 1783, Baltasar Claes Molina de Nourho, que á la sazón tenía veintidós años, podía pasar por lo que se llama un buen mozo. Fué á completar su educación á París donde adquirió finos modales en su trato con la señora de Egmont, con el conde de Horn, el príncipe de Aremborg, el embajador de España, Helvecio, algunos franceses oriundos de Bélgica ú otras personas procedentes de este país, y que por su nacimiento ó su fortuna figuraban entre los grandes señores que en aquel tiempo imponían la moda. El joven Claes encontró algunos parientes y amigos que le lanzaron al gran mundo en el momento en que este gran mundo iba á caer; pero como á la mayoría de los jóvenes, le sedujeron al pronto la gloria y la ciencia más que la vanidad. Trató mucho á los sabios y en especial á Lavoisier, que á la sazón era más conocido por su inmensa fortuna, como arrendatario general de impuestos, que por sus descubrimientos en química, al paso que andando el tiempo el gran químico haría olvidar al pequeño arrendatario general. Baltasar se apasionó de la ciencia que cultivaba Lavoisier y fué su más fervoroso discípulo; pero era joven gallardo, como lo fué Helvecio, y las mujeres de París le enseñaron en breve á destilar el ingenio y el amor. Aunque se dedicó con ardor al estudio, y Lavoisier le había dispensado algunos elogios, dejó á su maestro por escuchar á las queridas de cuyos gustos recibían los jóvenes sus últimas lecciones de vida social, y se hacían á las costumbres de la alta sociedad que en Europa constituyen una misma familia. El embriagador ensueño de sus triunfos duró poco; después de respirar el aire de París, Baltasar partió cansado de una vida vacía que no convenía á su alma ardiente ni á su corazón amante.

Parecióle más adecuada á su carácter y á las ambiciones de su corazón la vida doméstica tan dulce, tan tranquila, y de la cual se acordaba tan sólo al oír el nombre de Flandes. Los dorados de los salones parisenses no habían ofuscado las melodías del locutorio obscuro y del jardinillo en que tan dichosa había transcurrido su infancia. Es preciso no tener patria ni hogar para permanecer en París. París es la ciudad del cosmopolita ó de los hombres que se han despedido con el mundo y lo abrazan de continuo con los brazos de la Ciencia, del Arte ó del Poder. El hijo de Flandes volvió á Douai como la paloma de Lafontaine á su nido, y lloró de alegría al entrar allí el día en que se paseaba Gayant. Gayant, esa supersticiosa ventura de toda la ciudad, ese triunfo de los recuerdos flamencos, se había introducido cuando la emigración de su familia á Douai. La muerte de su padre y la de su madre dejaron la casa Claes desierta, y estos fallecimientos le ocuparon en ella algún tiempo. Pasado el primer dolor, sintió la necesidad de casarse para completar la venturosa existencia que le habían hecho apetecer sus anteriores relaciones, y quiso seguir la conducta de su familia yendo á buscar, como sus antepasados, una mujer á Gante, Boujas ó Amberes; pero ninguna de las que encontró le convino. Sin duda había formado ideas particulares sobre el matrimonio, porque desde su juventud le tildaron de no ir por el camino común. Un día oyó hablar en Gante, en casa de un pariente, de una joven de Bruselas que fué objeto de vivas discusiones. Unos decían que la belleza de la señorita de Temninck quedaba ofuscada por sus imperfecciones; otros la tenían por perfecta, á pesar de sus defectos. El viejo primo de Baltasar Claes, dijo á sus contertulios que, bella ó no, tenía un alma que haría que alguien se casara con ella, si aun estaba soltera; y refirió que acababa de renunciar la herencia de su padre y de su madre para proporcionar á un hermano más joven un casamiento digno de su nombre, anteponiendo así la felicidad de su hermano á la suya propia y sacrificándole toda su vida. No era de esperar que la señorita de Temninck se casara vieja y sin fortuna, cuando, joven y heredera, no se le presentaba ningún partido. Algunos días después, Baltasar Claes buscaba á la señorita Temninck, que á la sazón tenía veinticinco años, y de la cual quedó prendado. La doncella creyó que aquello no pasaba de un capricho, y no dió oídos á Claes;